

LOS SOBERANOS CAROLINGIOS
Y AL-ANDALUS (SIGLOS VIII-IX)

LOS SOBERANOS CAROLINGIOS
Y AL-ANDALUS (SIGLOS VIII-IX)

Philippe Sénac

Traducción de
Beatriz y María José Molina Rueda

GRANADA
2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© PHILIPPE SÉNAC

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

© De la traducción: BEATRIZ Y MARÍA JOSÉ

MOLINA RUEDA.

LOS SOBERANOS CAROLINGIOS Y AL-ANDALUS
(SIGLOS VIII-IX).

ISBN: 978-84-338-5177-2.

Depósito legal: GR./4.723-2010.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.

Imprime: Imprenta Santa Rita. Monachil. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	7
PRIMERA PARTE. LAS OFENSIVAS MUSULMANAS Y LA RÉPLICA FRANCA (714-768)	13
Capítulo primero. Las primeras incursiones musul- manas en Galia (714-732)	17
Las primeras incursiones	18
La segunda oleada	22
Los aquitanos y los musulmanes	27
Capítulo 2. De Poitiers a las Corbières (732-741)	33
La aportación de las fuentes árabes	34
Los datos de las fuentes latinas	36
Las últimas incursiones y la reacción franca ...	43
Capítulo 3. Hacia Narbona y los Pirineos (751-768) ..	53
La toma de Narbona	54
Las relaciones con los rebeldes de al-Andalus ..	58
Las relaciones con el Oriente abasí	60
SEGUNDA PARTE. LA ÉPOCA DE CARLOMAGNO (768-814)	63
Capítulo 4. Carlomagno en Zaragoza (768-781)	69
La embajada de Paderborn	70

La campaña de Zaragoza y la derrota de Roncesvalles	71
Las consecuencias del fracaso franco	75
Capítulo 5. De los Pirineos a Barcelona (778-801)	77
El valle del Ebro a finales del siglo VIII	77
Los francos y Bahlûl ibn Marzûq	80
La toma de Barcelona	83
Capítulo 6. Guerra y paz en los confines (801-814)	91
Las ofensivas francas contra Tortosa	91
El levantamiento de Amrûs ibn Yûsuf	97
Los inicios de la piratería marítima	100
Conclusión	104
TERCERA PARTE. EN BUSCA DE UN <i>STATU QUO</i> (814-877)	107
Capítulo 7. Las dificultades de Luis el Piadoso (814-840)	113
Las treguas con Córdoba	114
La revuelta de Aizón	118
Luis el Piadoso y los mozárabes de Mérida	122
Capítulo 8. Carlos el Calvo y Córdoba (840-877)	127
Las incursiones musulmanas contra la Marca Hispánica	128
Las embajadas entre Carlos el Calvo y Córdoba	135
Monjes, condes y reliquias	138
CONCLUSIÓN GENERAL	143
ANEXOS Y DOCUMENTOS	153
Nota sobre la conquista musulmana de la Narbonense (Siglo VIII)	155

Ruscino y las circunstancias de su descubrimiento	155
Los sellos y las monedas islámicas	158
Interpretación	161
Documentos	169
Eudón de Aquitania y el bereber Munuza	169
La batalla de Poitiers vista por algunos autores latinos	170
La batalla del Berre (737)	173
El epitafio de Egihardo (778)	175
Las ofensivas de Luis de Aquitania en el valle del bajo Ebro (804-809)	176
La revuelta de Aizón (827)	178
Carta de Luis el Piadoso a los cristianos de Mérida (828)	179
Un navío musulmán en las costas atlánticas (v. 834-836)	181
Una embajada de Abd al-Rahmân II a Carlos el Calvo (847)	181
El rescate del arzobispo de Arlés (869)	182
NOTAS	183
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	227
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO	251
ÍNDICE DE MAPAS E ILUSTRACIONES	261

INTRODUCCIÓN

La pretensión de este estudio no es otra que reagrupar e interpretar las menciones dispersas, y a menudo mal conocidas, relativas a las relaciones entre los soberanos francos y los musulmanes de al-Andalus a lo largo de los siglos VIII y IX. Así pues, el lector no debe extrañarse del estilo narrativo de la obra y la presencia de numerosos fragmentos de fuentes árabes o latinas. En principio, el objetivo fijado era mucho más amplio, ya que se trataba de considerar el conjunto de los países del *dâr al-islâm*, que abarcaba no sólo la península ibérica, sino también Italia, Sicilia, África del Norte y el Oriente abasí. Sin embargo, muy pronto la extensión del espacio concernido y la diversidad de las fuentes necesarias para abordar semejante tema nos parecieron desmesuradas y consideramos necesario reducir el campo de la investigación para delimitar mejor la cronología de los contactos, su alcance y su significación.

En contra de lo que pueda parecer, esta reducción no simplifica en absoluto la investigación. En efecto, sea cual sea su naturaleza y su forma, las relaciones mantenidas por los soberanos carolingios y al-Andalus no pueden ser captadas más que haciendo intervenir otros elementos, ya sea el imperio bizantino, el califato abasí o los pequeños principados del Magreb y de Ifríqiya como los aglabíes o los idrisíes. Ni tan siquiera Roma puede ser ignorada, ya que el papel del papado fue enormemente importante en la evolución de las políticas mediterráneas a lo largo de estos dos siglos. A esto hay que añadir que la situación interna de cada uno de los elementos en cuestión,

tanto del Occidente franco como de al-Andalus, influyó ampliamente en las relaciones entre ambas potencias.

Hecha esta salvedad, la idea que este libro quería defender es que la España musulmana fue una preocupación permanente para los soberanos francos y que tras episodios como la batalla de Poitiers (732), la derrota de Zaragoza (778) o la toma de Barcelona (801) se esconde toda una serie de intercambios diplomáticos que dan fe de la frecuencia de los contactos entre cristianos y musulmanes a ambos lados de los Pirineos. Lejos de ser secundarios, estos intercambios se inscriben en el marco de una política más amplia y hasta ahora poco estudiada que revela cómo, contrariamente a la tesis defendida por Henri Pirenne, el Mediterráneo siguió siendo el campo privilegiado de las relaciones internacionales.

A pesar de la variedad de los medios culturales implicados, las fuentes relativas a estas cuestiones son escasas. Por parte de las fuentes árabes, lo esencial de la información proviene de fragmentos de crónicas de autores posteriores a los acontecimientos. Los utilizados con más frecuencia han sido Ibn Abd al-Hakam (804-870), Ibn Hayyân (988-1076), al-Udhri (1002-1085), Ibn al-Athîr (1160-1234) e Ibn Idhârî (siglo XIII). A diferencia de las fuentes árabes orientales, que no dicen ni una palabra sobre las relaciones diplomáticas mantenidas por los soberanos francos y los califas abasíes, estos autores mencionan con bastante frecuencia los intercambios entre los francos y los musulmanes de al-Andalus, aunque estas alusiones se refieren principalmente a las expediciones bélicas.

Las fuentes latinas empleadas no difieren apenas de las precedentes, salvo que las exposiciones que contienen a propósito de las relaciones con los musulmanes de al-Andalus son más ricas y detalladas. Entre ellas figuran, en primer lugar, crónicas como los *Anales Reales* o los *Anales de San Bertín*, biografías de soberanos tales como la *Vita Karoli* o la *Vita Hludowici*

Imperatoris. A estos primeros elementos hay que añadir otras fuentes contemporáneas de los acontecimientos, redactadas en Italia o en España, como el *Liber Pontificalis*, la *Historia de los Lombardos* de Paulo Diácono o la *Crónica mozárabe*, conocida con el nombre de *Crónica del Anónimo de Córdoba* y, por último, la *Crónica de Alfonso III*, redactada a principios del siglo X. La correspondencia pontificia ha sido en varias ocasiones de gran valor, así como algunas vidas de santos o relatos de traslados de reliquias. Finalmente, diversas actas procedentes de la autoridad pública (capitulares, diplomas, cartas o preceptos) contienen informaciones no desdeñables, especialmente a propósito de los *hispani*.

Así definidas, estas fuentes requieren dos observaciones. Conviene subrayar, en primer lugar, que la mayor parte de la información, incluso cuando es posterior a los acontecimientos, proviene de autores a favor de los poderes existentes en el momento y que este vínculo pesa sobre su aportación y sobre el relato de los acontecimientos. Redactados en el entorno de los soberanos o en pro de una dinastía, estos textos son evidentemente parciales, proclives a afirmar la superioridad de los príncipes o a minimizar el alcance de los fracasos diplomáticos y militares. Un buen ejemplo de ello es el silencio que durante mucho tiempo mantuvieron las fuentes francas sobre la derrota franca en los Pirineos tras la expedición de Zaragoza en 778. Por otra parte, la escasez de las fuentes explica por qué hasta entonces esta cuestión no había atraído apenas la atención de los historiadores. De hecho, exceptuando algunos estudios puntuales, como el de François-Louis Ganshof dedicado a las relaciones exteriores de la monarquía franca en los siglos VIII y IX o varios pasajes de Évariste Lévi-Provençal en su *Historia de la España musulmana*, el único intento de síntesis es el libro publicado en 1970 por Abderrahman Ali el-Hajji bajo el título *Andalusian diplomatic relations with western Europe during*

the umayyad period (A. A. 138-366/A. D. 755-976), aunque las relaciones con los francos sólo ocupan una parte de la obra ¹.

Al margen de este estudio, no está de más preguntarse sobre los motivos de semejante penuria bibliográfica, tanto más sorprendente si se piensa que ciertos hitos de esta historia, como la batalla de Poitiers o la derrota de Roncesvalles, suscitaron una abundante literatura. La causa está directamente relacionada con la naturaleza del tema. Aparte de la escasez de las fuentes disponibles, los estudios consagrados al mundo carolingio están orientados en su mayoría hacia sectores más septentrionales o hacia Italia. A excepción de la *Marca Hispánica*, probablemente a causa de la importancia de este sector en los procesos de afirmación nacional catalana, el resto de la península ibérica ha escapado a menudo a la investigación histórica, como es el caso de las relaciones que unían al rey Alfonso II de Asturias y Carlomagno. Los vínculos entre el mundo carolingio y los soberanos omeyas han sido incluso obviados en pro de las relaciones mantenidas por Carlomagno y Hârûn al-Ras'hîd, sin duda por ofrecer un aspecto más exótico.

Un segundo motivo reside en el hecho de que cualquier estudio dedicado a las relaciones internacionales requiere tener en cuenta la historia interna de cada uno de los espacios en cuestión, es decir, el manejo de dos bibliografías diferentes. Esta dificultad inherente a cualquier historia de las relaciones internacionales se incrementa aquí por el hecho de que el tema no sólo opone dos espacios políticos diferentes, sino sobre todo dos civilizaciones y dos lenguas, el latín y el árabe. Este bilingüismo y las dificultades inherentes a la lengua árabe para un historiador occidental complican singularmente la investigación en la medida en que las fuentes disponibles distan mucho de estar todas traducidas. Tal fue el caso del segundo tomo del *Muqtabis* de Ibn Hayyân cuyo manuscrito ha sido reciente-

mente publicado en Madrid en facsímil y hace poco traducido al español por Mahmūd Ali Makkī y Federico Corriente ².

Una última explicación la encontramos en la desconfianza que muchos historiadores mantienen todavía hacia el concepto de diplomacia en el transcurso de la alta Edad Media. Esta reserva proviene en gran parte de una tradición según la cual la idea de Estado estaría totalmente ausente del imperio carolingio y la administración central o el palacio eran ante todo un ámbito doméstico privado que no alcanzaba el nivel del interés público. Los términos empleados por Edouard Perroy eran categóricos sobre este punto: «en ningún momento de su historia el imperio carolingio contó con el armazón sólido de un verdadero Estado. Esta inmensa amalgama de pueblos sólo fue capaz de mantener su unidad por la buena voluntad de una aristocracia franca de grandes propietarios y guerreros, más preocupados por enriquecerse que por respaldar la autoridad del soberano (...). Sólo el prestigio del soberano logró mantener a duras penas algo de autoridad en un imperio desprovisto de cuadros sólidos». Unas páginas más adelante, añadía que «la idea de Estado había desaparecido de las mentes» ³, mientras que Louis Halphen, más comedido, evocaba una «administración central de las más rudimentarias» ⁴. No es cuestión de volver aquí a la pregunta planteada por Pierre Riché, «¿emperador o jefe de clan?» ⁵, pero la existencia de relaciones diplomáticas mantenidas con espacios tan lejanos como el imperio bizantino o el califato abasí muestra que el emperador carolingio fue algo más que un jefe de banda y que sería un error negar a esta primera Edad Media la capacidad de tener una visión del espacio y elaborar una política internacional ⁶. Los trabajos de Karl Ferdinand Werner y Jean Durliat confirman esta opinión subrayando el número relativamente elevado de funcionarios ⁷. A pesar de sus imperfecciones, el aparato administrativo carolingio fue un Estado capaz

de llevar una política exterior de envergadura y no una simple amalgama de pueblos situados a la sombra de una aristocracia ávida de riquezas⁸.

Para seguir esta política exterior, situándonos en la perspectiva del imperio carolingio, seguiremos un orden cronológico. A pesar de las lagunas de la documentación, se dibujan tres fases con bastante nitidez: un primer periodo que va desde el principio del siglo VIII hasta el advenimiento de Carlomagno (768), un segundo que abarca el conjunto del reinado de Carlomagno hasta su muerte (814), y finalmente un tercer periodo marcado por un *statu quo* y seguido de un declive progresivo de las relaciones entre el mundo franco y al-Andalus hasta la muerte de Carlos el Calvo (877). En resumidas cuentas, siglo y medio de historia durante el cual las relaciones con los musulmanes de al-Andalus oscilaron entre la guerra y la paz...

Para facilitar la lectura de los nombres árabes, hemos optado por simplificar el sistema de transcripción de la *Enciclopedia del Islam* indicando solamente las vocales largas mediante acentos circunflejos. Tras finalizar este estudio, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Dominique Olive y a Jean-Noël Testard, bibliotecarios del Centro de Estudios Superiores de Civilización Medieval, por su amabilidad y entrega, así como a Vincent Debais por la ayuda que me ha prestado en el acceso a los fondos de las bibliotecas poitevinas.

PRIMERA PARTE

LAS OFENSIVAS MUSULMANAS
Y LA RÉPLICA FRANCA (714-768)

Hasta principios del siglo VIII, las fuentes escritas, árabes o latinas, no aluden a ningún contacto entre el mundo franco y los musulmanes. Lo que el Occidente cristiano sabía de éstos era por lo demás muy limitado. Como subrayó Marie-Thérèse d'Alverny, un latino de la Alta Edad Media, aunque sintiera alguna curiosidad por los invasores que habían conquistado una amplia parte de la cuenca mediterránea, apenas si tenía medios para satisfacerla. Los elementos de transmisión del conocimiento del otro (judíos, peregrinos, viajeros) eran escasos y, excepto algunos individuos, como el obispo Arculfo, que residió en el Próximo Oriente hacia 679-682, eran muy pocos los que habían entrado en contacto con el Islam ¹. Es poco probable que los datos proporcionados por textos orientales, como la crónica armenia del obispo Sebeos o la del obispo copto Juan de Nikio, hayan circulado por el Occidente franco, y otro tanto sucede con el texto del Pseudo-Methodio. Los propios soberanos pontífices no manifestaban ninguna curiosidad especial por el Islam y los musulmanes: éstos eran designados con términos étnicos derivados del Antiguo Testamento, tales como agarenos, ismailíes o sarracenos. Es muy revelador que el propio *Liber Pontificalis* sólo preste una escasa atención a la invasión musulmana y que no empiece a mencionarla hasta diez años después de la entrada de los contingentes arabeberberes en España (711) ². Es asimismo poco probable que el número de refugiados españoles que se instalaron en Galia fuera elevado y, de todas formas, la experiencia que tenían de

la civilización islámica era demasiado breve como para que estuvieran en condiciones de aportar alguna información fidedigna ³. Hay que esperar a las décadas siguientes, bajo el reinado de Carlomagno, para que la emigración de las poblaciones hispánicas se amplíe con personajes célebres como Agobardo de Lyon y Teodulfo de Orléans, así como con numerosos *hispani* de un rango menos ilustre a los que los soberanos francos consagraron numerosos preceptos ⁴. De este modo, en Galia, a principios del siglo VIII, el Islam y los musulmanes eran realidades lejanas cuya existencia sólo conocía una pequeña minoría de hombres de Iglesia, sin disponer, no obstante, de informaciones concretas ⁵.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PRIMERAS INCURSIONES MUSULMANAS EN GALIA (714-732)

Esta situación evolucionó bruscamente en las primeras décadas del siglo VIII cuando los musulmanes franquearon los Pirineos y penetraron en Galia. La cronología de estas ofensivas es difícil de establecer pues los textos sobre este tema son escasos e imprecisos. Las fuentes latinas, redactadas por hombres de Iglesia, tienden a aumentar el alcance de dichas incursiones y a hacer de los musulmanes unos combatientes ávidos de botín, deseosos de someter bajo su yugo a poblaciones que pronto serían oprimidas y reducidas a la esclavitud. Por su parte, las fuentes árabes se limitan a dar algunas noticias relativas a los gobernadores de al-Andalus y a las operaciones de *yihâd*. Redactadas por autores posteriores a los acontecimientos, varias de ellas insertan elementos destinados a justificar el retroceso ulterior de los musulmanes. Un buen ejemplo de ello es esa estatua, evocada por Ibn Hayyân, al-Zuhri, Ibn al-Athîr, Ibn Idhârî, al-Himyarî e Ibn Jaldûn, que los musulmanes encontraron en una extensa llanura situada más allá de los Pirineos y que los invitaba a dar media vuelta si no querían correr el riesgo de destruirse entre ellos ¹. Según las fuentes árabes y francas, el avance de los contingentes musulmanes se produjo en oleadas sucesivas y fue a partir de la primera mitad del siglo VIII cuando algunos musulmanes empezaron a entablar relaciones pacíficas con cristianos, de manera parecida a lo que se

había producido en la península ibérica a lo largo de los años precedentes, con ocasión de los acuerdos pactados con el conde Julián, Teodomiro y los hijos del rey Agila. El conjunto de la Septimania pertenecía entonces a la Tarraconense, donde la autoridad de Agila estaba sólidamente establecida y es probable que los musulmanes fueran considerados por algunos no como invasores, sino como libertadores, en particular por los judíos que habían sufrido la política de los soberanos visigodos y las decisiones tomadas en los concilios de Toledo a lo largo de todo el siglo VII.

LAS PRIMERAS INCURSIONES

La fecha y las circunstancias en las que los contingentes musulmanes penetraron al otro lado de los Pirineos siguen siendo confusas y sujetas a múltiples interpretaciones ². Las fuentes árabes apenas si aluden a ello, y las conquistas atribuidas a Mûsa ibn Nusayr y Târiq ibn Ziyâd en el norte de la península se basan únicamente en el testimonio de autores posteriores, tendentes a embellecer los hechos mezclando realidad y ficción. De este modo, tras la toma de Zaragoza en la primavera de 714, la cronología de las operaciones militares es poco fiable. Los autores mejor informados, como el egipcio Ibn Abd al-Hakam, no señalan ninguna incursión en Galia antes de la expedición de 732 y el autor anónimo de los *Ajbâr Machmû'a* (siglo XI) no menciona ofensivas en Galia antes de la muerte del gobernador Anbasa Suhaym al-Kalbî ³. En cambio, otros autores como al-Himyari o al-Maqqari, basándose en el informe de Ibn Hayyân (988-1076), relatan que Mûsâ ibn Nusayr llegó hasta Narbona donde encontró «en una iglesia siete estatuas de plata y en Carcasona, en la iglesia Santa María, siete columnas de plata de un tamaño colosal» ⁴. Ningún otro texto

viene a reforzar esta tesis y el lapso de tiempo que separa la toma de Zaragoza, a mediados del año 714, y la partida hacia Oriente de Mûsâ ibn Nusayr y de Târiq ibn Ziyâd, en septiembre de 714, parece demasiado corto para admitir que los musulmanes hubieran podido alcanzar Narbona y Carcasona, más aún teniendo en cuenta que las fuentes árabes los ubican en Asturias durante el verano de ese mismo año.

El único cronista que deja suponer que los musulmanes llegaron a Galia a partir de esa época es Ibn Hayyân, reproducido por al-Maqqarî, según el cual

el ejército musulmán penetró en Galia, donde conquistó y consiguió un botín, convirtió a algunos al Islam, aventurándose incluso hasta el Ródano, que fue el sitio más alejado al que llegaron los árabes. Los exploradores y los soldados de Târiq recorrieron el país apoderándose de Barcelona, de Narbona, de la montaña de Aviñón y del castillo de Lyon, en el Ródano, alejándose así mucho de la costa por la que habían entrado a España, puesto que se dice que la distancia que separa Córdoba de Narbona es de 335 parasangas, mientras que otros dicen 355.

Sin embargo, es difícil dar crédito a este fragmento en la medida en que el autor confunde hechos y personajes abreviando la historia.

Según al-Himyarî, Mûsâ ibn Nusayr habría proyectado volver a Siria tras conquistar Europa:

Se cuenta que cuando Mûsâ b. Nusayr conquistó al-Andalus, quiso atravesar la parte del país de Ifranchâ que no había alcanzado y conquistar Europa (*al-ard- al-kabîra*), para proseguir así su marcha hasta Siria: esperaba que, franqueando estos territorios, podría abrir una vía transitable que la gente de al-Andalus tomaría para ir a Oriente o volver, lo que les

evitaría el trayecto marítimo. Se adentró, pues, en el país de Ifranyâ y acabó llegando a una extensa región llana, repleta de vestigios antiguos. Allí encontró un gran templo que se alzaba a la manera de una columna y que llevaba grabada en árabe una inscripción cuyo texto, que se leyó, decía: «¡oh hijos de Ismael, ya habéis llegado al final de vuestro avance! Retornad»⁵.

Los datos que conciernen a los gobiernos de Abd al-Azîz ibn Mûsâ (noviembre de 713-marzo de 716) y de Ayyûb ibn Habîb al-Lajmî (marzo de 716-agosto de 716) no indican ninguna expedición a Galia y la atención de los primeros gobernadores musulmanes estuvo sin duda consagrada más bien a finalizar las conquistas en el interior de la península⁶. Fue bajo el gobierno de al-Hurr ibn Abd al-Rahmân al-Thakafî (agosto 716-marzo 719) cuando los musulmanes reanudaron sus ofensivas hacia el Norte, de acuerdo con los datos de la *Crónica Mozárabe*, según la cual al-Hurr llegó hasta la Galia Narbonense⁷. Esta información ha sido retomada por los autores de la *Historia General del Languedoc* que describen la empresa como un plan cuidadosamente organizado que fracasó ante la resistencia de las poblaciones locales. El asunto evoca, en términos muy religiosos, a los cristianos repeliendo en primer lugar a la «potencia mahometana» antes de ser sometidos bajo el yugo de los musulmanes. Según estos mismos autores, el que llegó a imponerse en la región fue el sucesor de al-Hurr, al-Samh⁸.

Sin embargo, si se puede dar crédito a los datos proporcionados por la *Crónica Mozárabe*, la cronología se hace mucho más precisa en torno al año 720, bajo el gobierno de al-Samh ibn Mâlik al-Jawlânî (marzo-abril de 719-junio de 721):

Sema, rey de los sarracenos (*rex sarracenorum*), nueve años después de la entrada de éstos en España, sitia y toma

Narbona; hace matar a los hombres de esta ciudad y lleva a España a las mujeres y a los niños como cautivos⁹.

Como los musulmanes desembarcaron en Andalucía en la primavera de 711, se puede deducir que este episodio tuvo lugar hacia 719-720. Ibn Abd al-Hakam confirma esta fecha y aporta importantes datos complementarios precisando que Narbona

es la más lejana de las ciudades fronterizas de al-Andalus. La correspondencia de Umar b. Abd al-Aziz llegaba hasta Narbona, de la cual se apoderaron después los politeístas (los cristianos), y que actualmente se encuentra en sus manos.

Dado que al-Samh tomó el gobierno de al-Andalus en marzo-abril de 719, la toma de Narbona no pudo haber tenido lugar antes de esta fecha y el acontecimiento no puede ser posterior al mes de febrero de 720, puesto que el califa Umar murió en ese momento. Teniendo en cuenta que las expediciones llevadas a cabo por los musulmanes se desarrollaron por lo general durante la primavera y el verano, se puede decir que probablemente la ciudad fue sometida hacia mediados del año 719¹⁰. La conquista de las regiones vecinas está fijada igualmente por la *Crónica Mozárabe* en la época de al-Samh:

finalmente conquista la Galia Narbonense y atormenta con frecuentes guerras al pueblo de los francos; para proteger convenientemente sus defensas deja una guarnición de sarracenos en la ya mencionada ciudad de Narbona¹¹.

Las condiciones en que la ciudad cayó en manos de los musulmanes siguen siendo oscuras. Según la *Crónica de Moissac*, retomada fielmente por los autores de la *Historia general del*

Languedoc, al-Samh se apoderó de Narbona después de haber asediado la ciudad. Pasó por la espada a todos los habitantes que la habían defendido y llevó cautivos a España a las mujeres y a los niños ¹². Resulta difícil suscribir esta opinión que se basa en la voluntad de realzar la resistencia cristiana oscureciendo al adversario. En cambio, podemos admitir que los musulmanes, una vez que se habían adueñado de Narbona, hicieron de ella una base operativa para las nuevas expediciones. La ciudad figura desde esa fecha en la mayor parte de las obras de geógrafos árabes e incluso constituye, para al-Bakrî y al-Himyarî, el límite septentrional de al-Andalus ¹³. La *Chamharat al-arab* de Ibn Hazm (m 1064) menciona la presencia del clan berber de los Banû Bachîla ¹⁴ y Ahmad al-Râzî (890-955) cuenta que los diezmos pagados por los habitantes de Narbona y de Barcelona llegaban a Tarragona ¹⁵.

LA SEGUNDA OLEADA

Una vez sometida Narbona, los musulmanes prosiguieron sus incursiones y pronto conquistaron toda Septimania con las diócesis de Narbona, Elna, Carcasona, Béziers, Agde, Maguelone, Lodève y Nîmes. El primer blanco fijado fue Tolosa, en el mes de junio de 721. Fijando de manera errónea estos hechos en el año 715, la *Crónica de Moissac* relata que tras haber tomado Narbona, al-Samh asedió Tolosa y fue vencido por el *princeps* Eudón que obligó al ejército musulmán y a su jefe a retirarse:

Eudón, príncipe de Aquitania, le salió al encuentro con un ejército de aquitanos o de francos e inició el combate con ellos; mientras que reanudaban el combate, el ejército de los

sarracenos volvió la espalda y la mayor parte de ellos cayó bajo su espada¹⁶.

Por su parte, la *Crónica Mozárabe* precisa que al-Samh vino a asediar Tolosa e intentó apoderarse de ella con diferentes máquinas de asedio. El duque Eudón vino en auxilio de la ciudad y se enfrentó a los musulmanes, no lejos de Tolosa, en un combate en el transcurso del cual encontró la muerte al-Samh. Añade que un tal *Abdorraman* tomó el mando del ejército musulmán al que las tropas del duque Eudón persiguieron durante la huida¹⁷. Existen pocas fuentes árabes que mencionen este acontecimiento, pero aclaran que fue Abd al-Rahmán ibn Abd Allâh al-Ghâfiqî quien se puso a la cabeza de las tropas en retirada. Apoyándose en los datos de Ibn Baskuwâl, al-Maqqarî relata que al-Samh murió como mártir en Galia el 9 de junio de 721.

Aunque esta derrota no puso fin a las incursiones musulmanas en Galia, tuvo, sin embargo, importantes consecuencias en la medida en que, como subraya Michel Rouche, constituyó la «primera derrota seria del Islam en Occidente»¹⁸ y porque desvió momentáneamente las incursiones musulmanas hacia el valle del Ródano. Por otra parte, hablan de ella varias fuentes francas como los *Annales Laureshamenses* («eiecit Heudo Saracinos de Aquitania»), los *Annales Alamannici* («eiecit Theudo Saracenos de Equitania») y los *Annales Nazariani* («eiecit Heudo Sarcinos de Equitania»). El mismo Paulo Diácono le dedica un extenso pasaje en su *Historia de los lombardos*:

Por aquella época el pueblo de los sarracenos cruzó el mar desde África en el lugar llamado Ceuta e invadió toda Hispania. Luego, diez años después, vinieron con sus esposas e hijos y penetraron en la provincia gala de Aquitania con la idea de

establecerse. Ciertamente Carlos mantenía por entonces una disputa con Eudón, príncipe de Aquitania; no obstante, se unieron entre sí y combatieron de común acuerdo contra aquellos sarracenos. En efecto, los francos se echaron sobre ellos y mataron a trescientos setenta y cinco mil sarracenos; en cambio, por parte de los francos cayeron allí tan solo mil quinientos. Asimismo Eudón se echó con los suyos sobre el campamento de aquéllos, mató de la misma manera a muchos y lo destruyó todo ¹⁹.

El episodio modificó asimismo la actitud del papado hacia el duque de Aquitania. Consciente de que el emperador bizantino se mostraba decepcionado en la lucha contra los musulmanes y con prisas por obtener un aliado frente a la amenaza lombarda, el papa se aproximó al duque Eudón. En la noticia dedicada a Gregorio II (715-731), el *Liber Pontificalis* hace alusión a la batalla de Tolosa y menciona una carta dirigida en 720 por el papa al duque de Aquitania:

el décimo primer año tuvo lugar un movimiento general de los francos contra los sarracenos a los que cercaron y mataron. Como se dice en la carta de los francos al papa, trescientos setenta y cinco mil murieron ese día: dicen que no hubo más que mil quinientos francos muertos en esta batalla porque el año anterior el papa les había enviado en señal de bendición tres esponjas utilizadas para el altar del pontífice (...). Eudón, príncipe de Aquitania, las había dado a comer, en pequeños trozos, a su pueblo a fin de que ninguno de los que participaba en el combate fuera herido ni matado ²⁰.

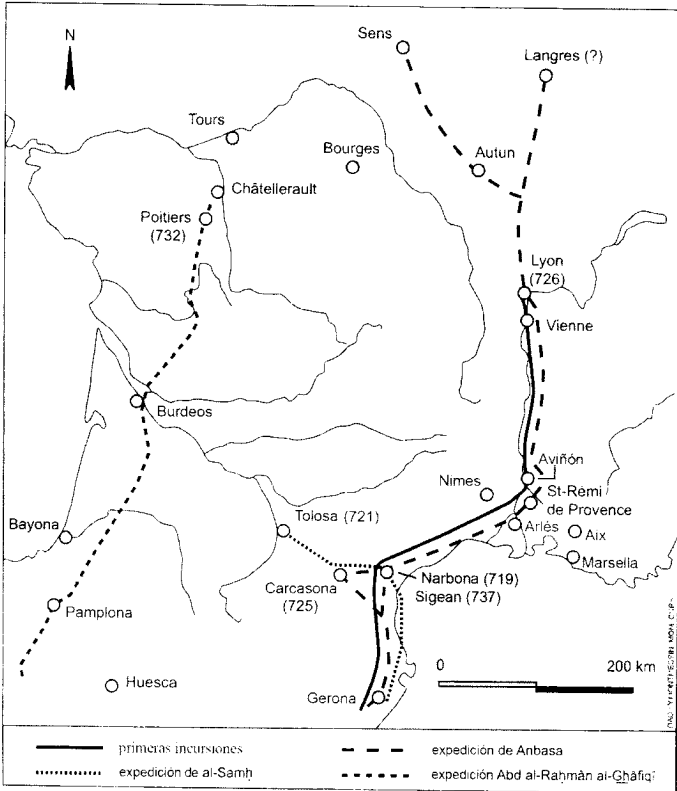
Según este documento, el soberano pontífice consideraba al duque de Aquitania como el verdadero defensor de la cristianidad y el combate contra los musulmanes se convertía en un gesto piadoso, incluso «eucarístico» con el envío de tres esponjas litúrgicas. La guerra contra los musulmanes estaba bendici-

da y prevista, puesto que la carta fue dirigida al duque Eudón un año antes del combate.

Tras un respiro de algunos años, el nuevo gobernador de al-Andalus, Anbasa ibn Suhaym al-Kalbî, participó a su vez en 725 en una expedición en Galia, mientras que Carlos Martel estaba ocupado en Baviera²¹. Carcasona y Nîmes fueron recuperadas sin gran resistencia mientras que el emir hizo que le entregaran rehenes que luego envió a Barcelona. Desde Nîmes, las tropas musulmanas se adentraron en el valle del Ródano y penetraron en Borgoña para efectuar una razzia en Autun en agosto de 725. La fuente añade además que la ciudad fue destruida y que, después de haber atacado varias ciudades, los musulmanes regresaron a España con un gran botín («cum praeda magna Spania redeunt») ²². Según ciertas tradiciones, algunas bandas habrían alcanzado incluso Sens y Luxeuil antes de retomar el camino hacia Narbona. Ibn al-Athîr proporcionó precisiones complementarias a propósito de esta expedición:

Anbasa ben Soh'aym Kelbi, gobernador de España, a la cabeza de un numeroso ejército, llevó a cabo una expedición en el país de los francos. Asedió la ciudad de Carcasona, cuyos habitantes, para obtener la paz, tuvieron que ceder la mitad de su territorio, entregar a los prisioneros musulmanes y el botín que habían logrado, pagar tributo y concluir con los musulmanes una alianza ofensiva y defensiva. Entonces Anbasa se retiró ²³.

Los *Anales de Aniano* refieren que Carcasona fue la primera ciudad que el emir Anbasa atacó y que éste se apoderó de ella a pesar de la resistencia de los asediados. A continuación extendió sus conquistas al Languedoc e hizo que le entregaran rehenes para garantizarse su fidelidad y los envió a Barcelona,



Los ataques musulmanes en Galia

sometiendo todo el país hasta Nimes ²⁴. Podemos conceder credibilidad a los datos proporcionados por Ibn al-Athîr, a pesar de que la manera en que los musulmanes se comportaron frente a los habitantes de Carcasona no difería del comportamiento adoptado frente a las poblaciones de al-Andalus que habían resistido a los contingentes arabeberberes. El envío de cautivos a Barcelona también es admisible y hace suponer que esta ciudad servía de base de retaguardia para las incursiones realizadas en Galia, siendo preferible a Narbona, demasiado próxima al escenario de las operaciones.

LOS AQUITANOS Y LOS MUSULMANES

Es en los años que siguieron a esta incursión donde se sitúa el primer acuerdo conocido entre cristianos y musulmanes. Dicho acuerdo puso en entredicho al duque Eudón de Aquitania y a un jefe bereber instalado en los Pirineos, Munuza. Su existencia es conocida gracias a un fragmento de la *Crónica Mozárabe* que se refiere así al gobierno del emir Abd al-Rahmân al-Ghâfiqî:

A pesar del gran valor y la fama de que estaba dotado (Abderraman), un tal Munnuzza, de origen moro, oyendo que los de su raza eran oprimidos en el territorio de Libia por la temeraria crueldad de los jueces, pacta inmediatamente con los francos y al punto promueve una sublevación contra los sarracenos de España. Al hacerse público esto, como Munnuzza era hombre muy bien dotado para la guerra, se perturbó la paz del palacio. Pero no muchos días después, el ya mencionado Abderraman, preocupado, organiza una expedición militar y persigue sin piedad al rebelde. Entonces, cuando éste se ve cercado en Cerdaña (*in Cerritanensi oppido*), después de ser asediado y sitiado algún tiempo dentro de los muros, al

punto, emprendiendo la huida, se escapa tras haber perdido su autoridad por voluntad divina. Y como se había embriagado totalmente con la sangre inocente de los cristianos allí mismo derramada y con la preciosa y juvenil lozanía del ilustre obispo Anambado que había quemado en el fuego, hallándose totalmente agotado y con ello ya suficientemente castigado por estos crímenes, atacado por la sed, debido a la falta de agua en la ciudad, que antiguamente manaba con abundancia, y no encontrando a donde huir, al echársele encima el ejército que le perseguía por diversos desfiladeros se esconde dispuesto a morir. Y como el duque franco Eudo, para obtener su alianza (*causa federis*) a su hija para que se casara con él y se inclinase a sus caprichos, al tener que retrasarse con el fin de librarla de manos de sus perseguidores, prepara su alma que ya estaba abocada a la muerte. Y así, perseguido por el ejército, al tratar de huir, cae herido desde una alta peña en las hendiduras de unas rocas, y muere para no ser hecho prisionero vivo. Cuando encontraron su cativar, al instante le cortaron la cabeza y la presentaron al rey, juntamente con la hija del ya mencionado duque Eudo, y el rey, haciéndola atravesar el mar, se encarga de ofrecérsela con todos los honores al supremo soberano ²⁵.

Este texto está corroborado por una fuente borgoñona, la *Gesta episcoporum Autissiodorensium*, que proporciona el nombre de la hija del duque de Aquitania, Lampegia:

en ese momento sucedió que Pipino, hijo del primer Carlos, atravesó Aquitania a la llamada del duque de los aquitanos Eudón, contra *Aimón*, rey de Zaragoza, el cual había recibido en matrimonio a Lampegia, hija de este mismo duque Eudón y había roto los compromisos de matrimonio ²⁶.

El documento merece, pues, una atención especial en la medida en que relata que, hacia 729, tuvo lugar una alianza defen-

siva entre el duque de Aquitania y un jefe bereber. Los motivos que precedieron a este entendimiento son fáciles de adivinar. Para el duque Eudón se trataba de protegerse de nuevas incursiones musulmanas, mientras que Carlos Martel se mostraba cada vez más amenazador: en 720, Eudón había firmado un tratado con el austrasiano, pero, sin duda, no se hacía muchas ilusiones sobre las pretensiones de su rival. De hecho, los francos pronto ejercieron una creciente presión sobre los territorios del duque Eudón y de su aliado, el duque de Neustria, Rainfredo. Este último fue derrotado en Angers en 724, y Carlos Martel se apoderó de sus territorios, a su muerte, en 731. Temiendo tener que luchar en dos frentes, Eudón probablemente intentó preservar su seguridad en el Sur. Según Michel Rouche, «Eudón temía sobre todo un ataque musulmán a lo largo del camino que, desde Lérida, sube por el Segre, llega hasta Cerdaña y, por el paso de Puymorens y Ariège, desciende hasta Tolosa»²⁷. El interés de la *Crónica Mozárabe* estriba igualmente en el hecho de que señala que el entendimiento entre los hombres fue reafirmado por una alianza matrimonial, cuando el duque Eudón dio a su hija al jefe bereber.

La personalidad y las intenciones del bereber Munuza son más difíciles de captar. Quizás no esté de más subrayar que no hay que confundir a este Munuza con un jefe bereber que lleva el mismo nombre y al que la *Crónica de Alfonso III* presenta como uno de los cuatro primeros jefes musulmanes que invadieron la península. El autor de los *Ajbar Machmû'a* explica que Munuza residía en una fortaleza denominada *al-Bâb* (la puerta), topónimo que con toda seguridad se refiere a un establecimiento situado cerca de un puerto de montaña. El *castrum Llivia* ha sido identificado con Llivia y podemos admitir que este jefe bereber estaba instalado cerca de Puigcerdá. La región era de un enorme valor estratégico puesto que, con sus *castellae* mencionados medio siglo atrás con ocasión de la

expedición del rey Wamba en 672 contra el duque Paulo, la Cerdeña era la llave de Septimania y de Aquitania. Ante las crecientes tensiones que oponían a los árabes y a los bereberes en el Magreb y en al-Andalus, podemos suponer que este jefe bereber trataba de asegurarse un apoyo local para afirmar su autonomía frente al gobernador árabe de al-Andalus. En este sentido, es posible relacionar este episodio con la emergencia de las tensiones entre árabes y bereberes que iban a consolidarse poco después tanto en el Magreb como en al-Andalus.

Este entendimiento finalizó cuando Munuza se negó a unirse a una expedición organizada por el poder cordobés. Designado gobernador de al-Andalus en abril de 729, al-Haytham ibn Ubayd al-Kilâbî reaccionó enviando tropas que cercaron el *castrum Liviae* en el que Munuza encontró la muerte al intentar escapar, mientras que Lampegia fue enviada como prisionera al califa de Damasco²⁸. Para justificar la ofensiva franca, el *Continuador de Fredegario* relata que las incursiones de Carlos Martel fueron provocadas por la alianza entre Eudón y los árabes:

en aquel momento, al haberse enterado a través de los emisarios, que el duque Eudón había roto el tratado (*foedus*), el príncipe Carlos, movilizándolo a un ejército, hizo que el duque Eudón huyera y dos veces en ese año logró un botín abundante y volvió a casa²⁹.

Tal como opina Michel Rouche, conviene rechazar esta tesis propagandística favorable a los francos: de hecho, el acuerdo realizado por Eudón no concernía a los árabes, sino a un jefe bereber.

A pesar de la imprecisión cronológica, la escasa cantidad de fuentes y las pocas informaciones concernientes a esta primera fase de las relaciones entre las poblaciones de Galia y los mu-

sulmanes, conviene insistir en el hecho de que el primer intercambio entre los dos pueblos fue un contacto bélico que se inscribe en la prolongación de las operaciones militares llevadas a cabo en el continente desde 711. Este fenómeno es de gran importancia en la medida en que servirá durante siglos para reafirmar la imagen de una nación agresiva y ávida de conquistas. Sin cuestionar la realidad de la agresión, hemos de subrayar, no obstante, que los musulmanes, al igual que en la península, no habrían podido triunfar sin el apoyo de las poblaciones indígenas, especialmente en Septimania. El acuerdo entre el duque de Aquitania y el bereber Munuza muestra que las divergencias religiosas no impedían el entendimiento. Sobre todo no hay que olvidar que la muerte de Munuza y el consiguiente debilitamiento del duque constituían para el emir Abd al-Rahmân al-Ghâfiqî una buena oportunidad que aprovechó dirigiendo a partir de 732 una vasta expedición a Galia. Es esta expedición la que, eclipsando todos los demás éxitos obtenidos por los musulmanes en tierra franca, ha privilegiado la historiografía reduciendo la incursión a un único hecho, la batalla de Poitiers.